REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

Tomo III	San José de Costa Rica, Lunes 12 de Diciembre de 1921	Nº 16

"Europa ha terminado"

Por T. R. IBARRA

Opiniones de Georg Brandes

Europa ha terminado», dijo Georg Brandes. «Ha comenzado para el mundo la edad de la dominación de los Estados Unidos».

El gran anciano de Dinamarca lo dijo mientras se sentaba en medio de una confusión de papeles y libros, en su residencia en Copenhague. Hallarse con Georg Brandes es comprender al instante cómo ha inspirado el que se le salude en todo el mundo como el más grande de los críticos literarios; cómo ha sido capaz de hacer de la crítica una fuerza viva para interpretar a Shakespeare y al resto de los gigantes de las letras, con tal poder extraordinario como para impartirles un lustre aun más brillante que el que tuvieron anteriormente. Tiene 80 años, de modo que a uno puede disculpársele el esperar encontrarlo encorvado, lento y, a causa de su inmenso renombre, esquivo y condescendiente hasta cierto punto. En vez de esto, uno entra a su morada y encuentra un hombrecito vivo, cuyos ojos brillan como los de un muchacho, que se mueve y gesticula con el vigor de un joven, que se expresa sin hacer pausas, esperando las palabras o las ideas, o que murmura un torrente de palabras que es como una mezcla de electricidad y de champaña. Para dar énfasis a sus puntos de vista, agita en el aire algunas veces enteramente junto a la nariz o a las orejas del visitante, un cuchillo cogido al acaso de encima de su mesa—y no es un cortador de papel inofensivo, sino una arma bastante afilada y algo temible—; de modo que una plática con Georg Brandes es casi una aventura.

«Sí, los Estados Unidos dominan el mundo» prosiguió, brillándole los ojos, su pelo blanco puesto al descubierto en todas direcciones, su cuchillo describiendo amenazantes curvas.

«¿Por qué negarlo? Es un hecho. ¿Por qué no reconocerlo? Los Estados Unidos son los vencedores en la guerra. Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia están en bancarrota.

»Pero no creo que la dominación de los Estados Unidos significará que el mundo pase por una era esencialmente materialista. Esos que no esperan de los Estados Unidos sino materialismo, están, creo yo, equivocados.

»¿Que fué Florencia antes de llegar a convertirse en un gran centro de artes? Una ciudad cuyos habitantes hicieron gran cantidad de dinero en negocios. ¿Qué fué Venecia? Una gran república comercial. Antes de que



GEORG BRANDES

Atenas llegara a ser la directora intelectual del mundo antiguo, el centro de todo lo que era artístico y bello, ya había adquirido enormes riquezas por medio de sus colonias.

»Los Estados Unidos están en la misma escala de desenvolvimiento en que estuvieron Florencia, Venecia y Atenas antes de que florecieran. No veo la razón para suponer que los Estados Unidos no lleguen a ser, como ellas lo fueran, un gran centro de arte y de saber. En verdad, creo muy probable que ellos seguirán en su desarrollo, a lo largo de la misma ruta que siguieron Florencia, Venecia y Atenas.

»Materialismo, bah! Todos somos materialistas a veces. Un día somos materialistas y al día siguiente somos idealistas.

»Pero ustedes los norteamericanos»—y aquí el gran crítico se inclinó hacia adelante y puso su mano con fuerza sobre la mía—«ustedes los norteamericanos están atrayéndose mucho la aversión de los extranjeros. De lo que oigo se concluye que hay una gran hostilidad entre ustedes y los que han nacido en países extranjeros. No podemos remediarlo. Todos no pudimos nacer en los Estados Unidos. Algunos—entonces brillaron sus ojos—hemos sido desafortunados en la selección de nuestros padres».

La conversación sobre Estados Unidos lo llevó a pensar en norteamericanos a quienes él había conocido. Uno de ellos fué Henry James.

«No comprendo como él ha podido pensar que podía cambiarse de norteamericano en ciudadano inglés» dijo Georg Brandes. «¿Cómo puede cambiarse un hombre? Actualmente Henry James siente satisfacción de escribir «Soy inglés;» y sin embargo, eso no lo ha hecho ser un inglés. Si yo escribiera «Soy inglés» sería, a pesar de eso, dinamarqués».

El gran viejo de Dinamarca trajo a la memoria una conversación que una vez tuvo con James. Le dijo al novelista norteamericano: «Seguramente usted tiene muchos lectores». Y Henry James replicó: «¡Tengo diez lectores en Inglaterra y uno en los Estados Unidos!»

«Dígame, ¿conoció usted a este norteamericano?» preguntó Brandes, saltando a otro asunto con la agilidad que lo caracteriza y, desapareciendo repentinamente en el cuarto siguiente, regresó con un libro y señaló la dedicatoria autógrafa de James Huneker.

«Lo conocí, ciertamente», contesté. Aquello pareció agradar al gran crítico. «Quiero mucho a James Huneker», dijo.

Enseguida la conversación volvió a recaer sobre Europa, cuya dominación en este mundo, cree Georg Brandes, ha terminado.

«Europa no tiene equilibrio», dijo. «Europa está medio loca. Cada nación europea no piensa en otra cosa sino en odiar a las otras naciones. En donde quiera que usted vuelva la mirada hay odio, odio y odio. Si un hombre piensa diferente que otro, éste lo odia. ¡Es ridículo! ¿Qué tienen que hacer las

opiniones sostenidas por una persona con el hecho de si a usted le gusta o no aquella persona? ¿Para ser amigos los hombres deben pensar igual? ¿Cómo pueden pensar igual los hombres? ¿Cómo puede esperar usted que ellos hayan leído los mismos libros y tenido los mismos pensamientos? Esto es imposible. ¡Y sin embargo, en todas partes la gente se odia, porque no piensa de la misma manera!

»Fíjese en Francia! Está repleta de chauvinismo. Nunca he visto a los franceses tan chauvinistas como ahora. Leo los libros que se están escribiendo en Francia y encuentro en todas partes chauvinismo, y odio y más odio. Un pequeño grupo de franceses a la cabeza de los cuales está Henry Barbusse, hacen lo que pueden contra esta actitud; pero están aislados y no tienen fuerza para hacerse sentir.

»Uno de mis mejores amigos era Georges Clemenceau. Por espacio de diez años vivimos practicamente juntos, comiendo juntos dos veces al día. ¡Mire!» (Brandes se acerca presuroso a un estante y toma un volumen de Clemenceau y señalando la dedicatoria lee: «A Georg Brandes, con cariño. G. Clemenceau». Sobre la hoja blanca de otro, Clemenceau había escrito: «A Georg Brandes. Su admirador. Su amigo. G. Clemenceau». «Sin embargo, a pesar de eso—continúa Brandes—Clemenceau ahora me odia. Durante la guerra, cuando algunos daneses se enriquecían, Clemenceau escribió en su periódico: «Los daneses son una nación sin dignidad». Inmediatamente protesté. ¿Por qué se iba a infamar a todos los daneses como una nación sin dignidad, por cuanto había entre nosotros algunos especuladores? ¿No hay especuladores en todas partes, en los Estados Unidos, por ejemplo?

»Pero mí protesta enfureció a Clemenceau. Desde entonces está enfurecido contra mí».

»Conocí durante diez años a Brandes, escribió; sin embargo, nunca supe qué clase de hombre era realmente hasta ahora!» ¿Cómo puede ser eso cierto? ¿Cómo puede un hombre hacer dos comidas diarias con otro, por espacio de diez años, y no saber qué clase de hombre es, hasta que algo que ocurre accidentalmente al final de esos diez años, se lo hace saber? En verdad es un absurdo! Sí, Clemenceau ahora me odia. En todas partes hay odio.

»Fíjese en Italia! ¿Qué están haciendo los italianos ahora que la guerra ha terminado? Odiando a Francia! Odiando a Inglaterra! Peleándose entre ellos mismos. Fíjese en los Facisti y los comunistas italianos! ¿Qué piensa usted de los oficiales franceses que visitan a Italia y se ven forzados a huir de una muchedumbre?

»Naturalmente, en tales condiciones ¿qué puede uno esperar de Italia en la literatura? Los hombres no pueden producir literatura cuando sus cabezas están bullentes. El más grande escritor que al presente tiene Italia es Gabriel D' Annunzio, pero el nacionalismo lo ha hecho perder la cabeza. Cuando estaba en Fiume defendiendo el gobierno italiano, me envió un panfleto que había escrito, ¿y qué era? Un feroz ataque contra Inglaterra, porque los ingleses eran adversarios a que Italia se anexara Fiume! Odio, odio, odio!

»Y Alemania? Los alemanes, también, parecen estar medio locos. Ultimamente he estado leyendo lo que los poetas de la nueva Alemania escriben y, en realidad, no puedo comprenderlo, no sé de lo que están hablando! Tienen la obsesión de que el mundo debe ser reformado y que ellos, los alemanes, son los llamados a hacerlo; y sus poemas—en cuanto yo puedo encontrar algún significado en la contextura futurista—están llenos de esta obsesión. Cada joven alemán estudiante de universidad, que despunta en la poesía, cree que él, sobre todos los demás hombres, está destinado a construir un nuevo mundo sobre las ruinas de éste en cuya formación han colaborado muchos siglos y espera hacerlo ya, dentro de los próximos diez años!

»Inglaterra?» La cara de Georg Brandes tomó un aspecto más placentero. Las cosas no están tan malas en Inglaterra. Hay mucho sentido común en los ingleses para no ir al punto a que han llegado otras naciones. ¿Sabe usted que nunca he leído un solo libro inglés que no haya podido entender? Los ingleses son sensatos. Ellos no piensan mucho en odiar. Durante la guerra tuve una controversia con William Archer, mas ahora que todo ha terminado, él me ha hecho comprender que sigue siendo un buen amigo mío.

»Rusia?» El gran crítico danés cae en profunda aflicción. «Rusia está desesperanzada!»

«Tuve muchos amigos en Rusia, antes de la catástrofe. Aquí está una carta», y revuelve en vano la gaveta de su escritorio. «Es enteramente inútil tratar de encontrar algo aquí,» exclama señalando las filas de libros, folletos y cartas que lo rodean. «Solamente el correo de hoy me trajo cincuenta y siete libros! Oh, sí, aquí está»—y arroja al escritorio una cubierta escrita con letra de mujer. «Es de una princesa rusa que conocí muy bien. Era muy rica y los bolcheviques le quitaron todo lo que tenía. La hicieron vivir en Orel, lejos, en el interior de Rusia, en un cuarto sin muebles, con solo un escritorio. Y un día vinieron donde ella y le dijeron: «Usted no necesita ese escritorio», y se lo llevaron.

»Tres días después volvieron y le dijeron: Este cuarto es muy grande para una persona. Y mandaron a vivir con ella a una mujer de la calle!

»Finalmente, su hijo, que había escapado a Constantinopla, consiguió sacar a su madre de Rusia. Ahora vive en Sofía, capital de Bulgaria, de donde me ha escrito esta carta.

»Con Rusia en tal estado, difícilmente se puede esperar que dé algo en la literatura o en las artes. No he leído ninguno de los últimos libros de Rusia; pero he visto algunos ejemplares de arte producidos actualmente y,—el crítico se oprime la cabeza entre las manos—, no dan esperanza, absolutamente ninguna esperanza! No es otra cosa que locura!

»Hay uno que muestra un hombre con un espacio de algunas pulgadas entre el cuello y el resto del cuerpo. ¿Qué significa eso? ¿Es algo simbólico? ¿Qué simboliza, entonces?

»Otro es uno que muestra a un hombre cuyo cuerpo es como el de una vaca. ¿Se ha intentado con esto satirizar algo? ¿Qué? Es demasiado para mí, no tengo la menor concepción de lo que todo él significa!

»Maximo Gorky, el gran escritor ruso, ha hecho un buen trabajo por Rusia, desde que los bolcheviques dominan allí, cuidando los museos y las colecciones. Hace algunos años me escribió, o mejor dicho, como no conoce otra lengua que el ruso, consiguió que Mme. Andreyeva lo hiciera.

»Y, a propósito, ustedes los norteamericanos estaban equivocados cuando hicieron el gran escándalo alrededor del viaje de Máximo Gorky a Nueva York, acompañado de una mujer que no era su esposa. ¿No ha vivido con

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada semanalmente por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢	0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración		2-00
Para el extranjero, el número suelto	$	0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)		4-00 » »
La página de avisos, por inserción		20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

ella trece años? Hay muchas cosas peores en Nueva York».

Cuando llegó la hora de decir adiós, el octogenario se levantó de su asiento como un muchacho y acompañó a su visitante fuera del pórtico, hablando todo el trayecto.

«Es algo bueno, dijo, que usted y yo hayamos descubierto algunos gustos en común, el gusto por James Huneker, por ejemplo; de otra manera, —sus ojos relampaguearon maliciosamente,—habríamos tenido que odiarnos!»

(Traducido especialmente para el REPERTORIO AMERICANO, del *Book Review and Magazine* del *New York Times*, del 6 de noviembre de 1921).

PAZ O GUERRA

La magnitud de la empresa y la trivialidad humana

POR H. G. WELLS

NUEVA York, noviembre 5.—La conferencia que se ha dado en llamar de limitación de armamentos, hoy reunida en Washington, podrá llegar a constituir un acontecimiento cardinal en la Historia de la Humanidad, podrá convertirse en un eje que resuelva los asuntos que hoy inquietan a los hombres; o bien podrá solamente señalarse como un último fracaso, alrededor del cual graviten desastre y destrucción. El mes de agosto de 1914 dió fin una era de progreso inseguro y de acumulación. Cuando al fin, una noche de verano que será siempre memorable en la Historia, el militarismo, tras largos preparativos, rompió sus diques y una pequeña aldea belga voló envuelta en flamas, los hombres presintieron la catástrofe, pero les fué difícil anticipar la naturaleza de esa catástrofe. Pensaron a todo lo más en una guerra carnicera e incendiaria e imaginaron que cuando su último eco hubiera pasado nos limitaríamos a contarnos los golpes y volver de nuevo a la salud que gozáramos antes de 1914. La catástrofe de 1914 aun prevalece, no parece terminar; aumenta y se esparce. Durante este invierno más gente sufrirá penas agónicas, más gente morirá prematuramente como consecuencia del choque de 1914, que la que sufrió y murió el primer año de la guerra. Es cierto que el derrumbe social de Rusia en 1917 y el agotamiento de alimentos y municiones que sufrió la Europa Central en 1918, produjo una especie de debilitamiento y disminución en las fuerzas antagónicas y que la fútil Conferencia de Versalles no solucionó nada; pero todo ello puso fin al desastre, como lo pondría el que un hombre que estuviera de pie y recibiendo terribles heridas cayera por tierra, pálido y sangrante; lo que sólo constituiría una nueva fase del desastre. Desde 1919 el mundo no se ha curado tanto de sus heridas como se ha dado cuenta de ellas. La primera es el agotamiento económico en creciente, cuya magnitud apenas ahora comenzamos a estimar. Este decaimiento es una verdadera podredumbre, que se esparce y se esparce. En todos tiempos de escasez universal una creciente parálisis invade la producción y ésta existe en virtud de que el sistema monetario del mundo, que estaba sostenido por la cooperación de Gobiernos honrados, está derrumbándose. Las fluctuaciones monetarias son cada vez mayores y mayores; sacuden, minan en su base el mecanismo de la cooperación social. Nuestra civilización está fundada en el sistema de contado y crédito, que depende de la confianza que los hombres depositen en el valor de la moneda. Pero ahora la moneda constituye para nosotros un engaño, trabajamos por un salario en tanto que se nos da una moneda incierta. Nadie se atreve en la actualidad a celebrar contratos anticipados, nadie se atreve a fijar un convenio establecido, con relación al salario, nadie sabe lo que cien dólares, francos o libras valdrán dentro de dos años. ¿Qué beneficio se sigue con ahorrar? ¿Qué se puede preveer? Los negocios y el empleo del trabajador, se vuelven imposibles. A menos que pueda darse a la moneda estabilidad y se logre restaurar nuestra vida económico-social, el mundo seguirá su proceso de desintegración; y esto puede lograrse solamente mediante el esfuerzo mundial. Pero semejante esfuerzo mundial encaminado a reedificar la prosperidad mercantil es únicamente posible entre Gobiernos que sean sinceros en la paz y en virtud del Tratado de Versalles no existe aún paz sincera. Donde quiera los Gobiernos se arman, especialmente Japón y Francia. En medio de una constante indiferencia por el actual estado de cosas, esas naciones se preparan para nuevas guerras, que solamente pueden conducir a un término: la multiplicación del hambre, el derrumbamiento social que ya ha devorado a Rusia, que devorará entonces al resto del mundo. En Rusia, en Austria y en muchas partes de Alemania la corrupción social es visible, que se manifiesta objetivamente en sus ruinas, en sus ferrocarriles mutilados y en sus maquinarias industriales que se llenan de moho por falta de uso. Pero aun en la Europa Occidental, en Francia, en Inglaterra, hay pobreza, hay descenso visible para cualquiera que tenga aguzada memoria. Viniendo como yo, de Europa a los Estados Unidos, es sorprendente la riqueza, la abundancia de Nueva York. Estos lugares parecen dotados de una vitalidad inagotable. Pero esta enorme ciudad congestionada, torrífica, cruzada por un torrente de tráfico y un concurso tal de gente diversa como jamás había yo visto antes, es, después de todo, la puerta europea de los Estados Unidos. Saca su vida superabundante y asombrosa de su comercio, un comercio cuyas raíces están muriendo.

Cuando se contempla a Nueva York, su seguridad, causa en uno asombro; cuando se reflexiona, comprende su tremendo peligro. Sigue su marcha de la misma manera que Londres sigue la suya, mediante una inercia acumulada. Con posiblemente la sola excepción de Londres, la posición de Nueva York me parece la más peligrosa de todas las ciudades de la tierra. ¿Qué pasará de esta muchedumbre inmensa si el comercio que la alimenta se desvanece? Y se desvanecerá a menos que el descenso de la moneda europea pueda ser detenido, a menos que el problema del crédito mercantil mundial pueda ser acomodado a la situación del mundo. La vida económica del mundo y su civilización, representada en sus grandes ciudades, está desintegrándose, como resultado de la tensión creada por la amenaza de la guerra moderna y la falta de coherencia en los asuntos del mundo. Esta, en términos generales, es la situación de la Humanidad hoy en día. La situación decisiva, la que será discutida en Washington en virtud de la convocatoria del Presidente Harding, —representante del país que es hoy el más poderoso de la tierra,—a los delegados de la mayor parte de las naciones del mundo. Cualesquiera pequeñas modificaciones o limitaciones que la diplomacia llegue a imponer a los puntos que se sometan en esta conferencia, el sentido común rudimentario de la Humanidad insistirá en que la pregunta fundamental es «¿Qué debemos hacer,—de ser posible hacer algo,—para detener esta marcha que nos conduce a prepararnos para la guerra y a la guerra misma, así como al derrumbamiento social por término?» ¿Y podréis figuraros que esta conferencia memorable habrá de

reunirse llevada del espíritu exaltado de su responsabilidad, asistida de todo género de ayuda, de toda clase de preparación, para resolver las complicadas proposiciones que se habrán de proponer? Desechemos una ilusión semejante de nuestra mente. Enfrentémonos de la misma manera a la realidad, tan frecuentemente olvidada en discusiones de salón en donde suelen abordarse semejante clase de negocios. ¿Por qué será que la mente humana, cuando se trata de cuestiones tan trascendentales como la paz común de la tierra y la seguridad de la humanidad, entran en su estudio y discusión con la mayor de las repugnancias? Nosotros somos las creaturas triviales, no vivimos de un año al otro, sino de un día al otro. Nuestra mente, naturalmente, alcanza visiones cortas y se distrae en asuntos inmediatos y pequeños. Olvidamos con asombrosa facilidad y estas circunstancias son igualmente ciertas tratándose del alto personal político que habrá de congregarse en Washington, como refiriéndose al empleado que, fatigado por el exceso de trabajo, leerá acerca de la conferencia en el tranvía, de camino para su casa. Estas grandes cuestiones afectan a todo el mundo, de la misma manera son demasiado grandes para todo el mundo. Requieren un gran esfuerzo intelectual y moral si han de ser tratradas de manera efectiva. Encuentro en mí mismo el mejor ejemplo de esta incurable tendencia hacia la frivolidad. La ciencia se sirve del microscopio para ayudar al telescopio y la partícula infinitamente pequeña ilumina lo infinitamente grande. Si esta marea que nos conduce hacia la guerra no es contenida en el curso de pocos años, alcanzará ciertamento a mis hijos, podrá mutilarlos o matarlos y mi mujer y yo, en lugar de pasar nuestros últimos años en la comodidad, nos veremos abrumados por la desgracia y pereceremos tal vez de manera desdichada, como millares de familias, de la clase de la nuestra, han sucumbido ya en Austria y Rusia. Esto de fijo nos espera a la mayor parte de nosotros si fracasan los esfuerzos concentrados en Washington en su propósito de lograr la paz permanente. Y cuando recuerdo mi conducta durante las pasadas semanas, me asombro de mi propia ligereza, al haberme interesado inmensamente por mi viaje a través del Atlántico, al haberme divertido en grado sumo con las disertaciones de un buen número de pasajeros acerca del pequeño asunto de la prohibición, habiéndome dedicado, al llegar, a buscar a mis amigos, a comparar el Nueva York de hoy con el de hace quince años, a pasear la tarde vagando por la Quinta Avenida, divertido infantilmente por los aparadores y la multitud. Sin embargo, nadie sabe mejor que yo que esta ciudad atractiva, brillante, llena de ruido y edificios que parecen torres, se encuentra en inminente peligro. Dentro de pocos años el mismo viento helado de desastre económico que sopló sobre Petersburgo y llevó la muerte a la antigua Varsovia, podrá tal vez cubrir de herrumbre esta vitalidad. Dentro de poco, en el curso de mi vida misma, Nueva York talvez se encuentre más ruinoso, más vacío que el Petersburgo terriblemente herido por el destino. Sin embargo, aparte de la trivialidad de nuestra atención y nuestra disposición patética que nos conduce tan directamente como es posible al área de los pensamientos agradables,—que estoy seguro cada uno de los estadistas y políticos de la conferencia comparte hasta cierto punto con el lector y conmigo,—nos encontramos embarazados, cada uno de nosotros, por prejuicios y conclusiones prematuras. Considerad si no el patriotismo, la pasión que nos hace ver las cuestiones humanas como competidoras entre sí, en lugar de como interés común, un juego en el cual nuestra misión consiste en lograr para nosotros lo mejor, sin consideración al resto de la humanidad. Por mi parte, aunque poco me preocupo del Imperio Británico, que estimo ser una cosa remendada sólo temporalmente, abrigo un orgullo apasionado por llevar la misma sangre que corrió por las venas de Shakespeare, Milton, Bacon, Cromwell, Newton, Washington, Nelson y Lincoln.

Cada uno de los espíritus que habrán de reunirse en Washington tendrá algo de tal inclinación, que le pondrá en el caso de aprovechar una ventaja personal, que muy imperfectamente podrá suprimir su animosidad racial, sus enemistades nacionales; que estará mentalmente nublado e influenciado. No dudo que tendrán impaciencia por disfrutar de un tiempo de excitación y esparcimiento en Washington, que se convertirá en el foco de los asuntos mundiales, donde toda clase de distinguidos personajes se dirigen con ojos brillantes de espectación. Se darán lunches, banquetes, recepciones, y como en todos los casos de parecidos acontecimientos sociales, habrá abundancia de incidentes dramáticos, lances, flirts, escándalos, celos. Será un tiempo de lo más distraído y difícilmente podrá nadie conservar en la mente su verdadera significación. Por este motivo permitámonos repetir aquí su verdadera significación. La gran guerra ha dado un golpe a los precisos cimientos de nuestra civilización, ha sacudido el sistema monetario universal, que es el sostén de toda nuestra vida económica. La podredumbre de nuestra civilización se está extendiendo rápidamente y nada se hace para detenerla. La producción se estanca y vacila y todo esto solamente puede reponerse como resultado de una acción colectiva y franca de parte de los principales poderes de la tierra. Por ahora las naciones más poderosas del mundo no muestran signos de esta acción colectiva, pretendiendo aún ser potencias en el mundo, inspiradas todavía por las rancias ideas de soberanía nacional y competencia internacional, y aunque todas ellas están a la orilla de la quiebra, aún se consagran al desarrollo de nuevos ejércitos y flotas, por decir que están en el período de preparación para otras guerras. No puede existir estabilidad, no puede realizarse un alivio general en tanto que este amenazador estado de cosas persista; la escasez continuará, el hambre habrá de extenderse por poblaciones y ciudades, las comunicaciones se empobrecerán, las masas de gente sin empleo recurrirán cada vez a protestas más violentas, hasta llegar a asumir un carácter casi revolucionario. La educación se debilitará, la seguridad social se bamboleará para dar para dar paso a la anarquía; la civilización como nosotros la conocemos desaparecerá y una nueva era negra empezará. Y no es que esta fatalidad esté amenazando a la civilización, sino que se está desarrollando ya contra ella, ante nuestros propios ojos. No se va a hundir el barco de la civilización en un término de cinco o cincuenta años, sino que se está yendo a fondo ahora mismo. Rusia se encuentra bajo la línea del agua, ha dejado de producir, se consume de hambre. Grandes áreas de la Europa oriental y de Asia se van hundiendo hacia el mismo nivel. Las áreas industriales de Alemania se ven amenazadas de descenso parecido. El invierno traerá consigo la época más cruel para el trabajador inglés, el pulso de los negocios en los Estados Unidos se debilita. Para enfrentarse con esta situación en las cuestiones mundiales, se reune en Washington una multitud formada de representantes apresuradamente escogidos y sus asociados, empleados y satélites. Todos ellos son, desde el Presidente Harding hasta la más humilde taquígrafa, seres humanos, lo que equivale a decir que son por lo que ve a su facultad de atención, triviales, egoístas, evasivos, patriotas con prejuicios, creaturas incapaces de abrigar un egoísmo que prevea por más de un año, más o menos, para el futuro. Cada uno de ellos está ofuscado por alguna especie de interés personal que le hará torcer las realidades con que tendrá que enfrentarse. Los políticos tienen que pensar en su prestigio personal, en sus partidos, los expertos navales y mili-

tares piensan también en sus carreras. Podemos esperar que el conjunto sea tan bueno como lo permiten las circunstancias. Probablemente existe una dosis de buena voluntad hacia la Humanidad en cada uno de los que vienen; probablemente ninguno se encuentra ciego ante el tremendo desastre que se cierne sobre nosotros, pero todos son olvidadizos. Y sin embargo, esta conferencia de Washington puede resultar el mejor acercamiento de la voluntad humana. La inteligencia está hecha para luchar contra la fatalidad.

No podemos ser más sabios de lo que somos, pero ante el conjuro del peligro universal podemos, cuando menos, aprender a ser caritativos, sinceros los unos con los otros hasta donde más podamos, mostrarnos prontos a perdonar a nuestros deudores, dispuestos a ceder en nuestras presunciones imposibles, procurar tener paciencia en el oir y generosidad en la acción. Las altas miras y modestia personal aún pueden salvar a la Humanidad.

(Excelsior. México, D. F.)

EL MOTO (1)

Por M. VINCENZI

(Envío del autor)

Mucho se ha hablado en América del afán de extranjerismo en las letras. Mucho, por cierto, pero no cuanto se debiera hablar. Y no es que se quiera reducir el paisaje a la contemplación de un solo plano, en un solo país y para un solo agregado social literario, ahora, que se trata de proyecciones sobre *planos oblicuos;* ahora, que es imposible personalizar, o mejor dicho, circunscribir el sentimiento estético, a un radio de acción exclusivo, fuera de toda fecunda y rutilante dinamicidad mental. No se quiere esto, ni cosa parecida. Antes bien, es esta una época en que a las visiones locales de paisaje y medio, cualquiera que él sea, se les busca y se les encuentra sus conexiones universales. En esto ha estribado, precisamente, la equivocación de estetas localistas y de estetas universalistas: en separarse y colocarse lejos de todo intento de comprensión recíproco, ignorando que no existe la localidad sin la universalidad y ésta sin aquélla. Tal, el verdadero problema, desde un punto de vista filosófico.

Mas ¿qué se habrá de hacer si justificamos al literato localista su frecuente carencia de letras clásicas y universales? ¿Si justificamos al otro el olvido emocional de su propio medio, en el afán de ir tras las ornamentaciones regias de regios y socorridos renacimientos, con sus puñales de puños de oro, con sus escudos de metales labrados primorosamente? ¿Qué se habrá de hacer? La respuesta es clara, es concisa, es única: para el primero es de señalarse la propia complementación del yo estético en el estudio y asimilación de los mejores mundos lejanos; para el segundo, el conocimiento profundo de su propia tierra, como para el águila el conocimiento de la roca desde cuyas prominencias arranca la curva ascendente de su vuelo. Esto, y nada más: circunscripción e infinidad en eterna compenetración armoniosa...

Estas sencillas reflexiones las ha provocado la lectura de *El Moto*. Trátase de un primoroso relato de amores campesinos en que lo universal de los sentimientos y acontecimientos humanos, sirve de asiento sólido a lo que es local en nuestra tierra, y local con toda su frescura y toda su campestre lozanía, con todo su vigor de virginidad de montaña. Sus páginas están escritas como si fuesen habladas, en un estilo pintoresco y nervioso. Dijérase que cada página del libro salta vigorosamente como un potranco retozón, en los potreros indefinibles de los tiempos coloniales. Y que las líneas son crines y son nervios y son carnes que tiemblan al unísono, al influjo del corcoveo indómito... Claro está que nada de amaneramienio, nada de posiciones de escultura barata, nada de lo que pierde la verdadera y ritual conciencia del estilo, del verdadero estilo, del único estilo, que se resume en estas dos palabras de oro macizo: *inteligencia, sinceridad.* Lo moral y lo intelectual como dos hojas de laurel enlazadas en un anillo tallado, de metal precioso.

Y me admiro que una novela de semejante valor ande por ahí semiolvidada en los viejos estantes de orondos bibliotecarios. Una novela que es un pedazo inalienable de tierra nacional, que debe aparecer como sitio de orientación en nuestras *geografías literarias.* Una novela que es un canto de nuestra raza, sean cualesquiera sus diversos componentes étnicos. Una novela, en fin, que ha influído en nuestros más connotados costumbristas, dándoles nuestro paisaje, nuestros personajes típicos y los primeros romances de emoción escrita y correctamente novelada que aparecieron en prensa nacional.

¿Qué hace su autor, pues, que no nos regala con la edición de esta obra en un lujoso cuaderno del *Convivio?* ¿Habrá olvidado bajo el influjo de la indiferencia del medio, su propio y más conspicuo tesoro?

Reparta su obra por América y España. Haga labor de sagrado egoísmo. Que dentro de poco será necesario que los héroes sobrevivan a sus heroísmos, para levantar el pedestal de sus propias estatuas.

Escasú, 26 noviembre, 1921.

(1) Novela corta de costumbres costarricenses, escrita por J. García Monge.

COSAS DE MIO CID

Por ARTURO TORRES RIOSECO

(Envío del autor)

Nada más genuinamente castellano que nuestro Cid Campeador. La figura del héroe pasa, no como ha dicho Machado envuelta en polvo, sudor y sangre, sino serena y firme por la meseta de Castilla. Toda acción heroica, toda campanada de tragedia, palidecen ante la algarabía del buen Abad que recibe a mío Cid en las puertas de Cardeña. Y cuando la niña burgalesa le pide que se vaya de Burgos, temerosa de las iras del Rey, hay como una agitación de rosales y un trino de alondra en medio del tronar de las cornetas. Más tarde el chorro claro de la emoción pasa cantando por la garganta del buen poeta anónimo, al mirar la donosa muchedumbre de dueñas y guerreros contemplando des· de los minaretes la ciudad valenciana recostada perezosamente contra el mar.

Mío Cid, el verdadero señor de la barba florida, de esa barba suave como espuma de mar para las manos de Ximena y terrible de majestad para el conde García Ordóñez, se siente en toda su reciura—potencia de macho y de capitán—al ver el regocijo de las hembras que de cara a Dios dan gracias con sus lenguas de plata. Divino pasaje que hubiera comentado con su verso picante el buen Arcipreste.

Habla el poeta de sangre derramada, de lorigas deshechas, de caballos sin sus dueños, y de lanzas quebradas y los lectores al abandonar la lectura tienen en las retinas un soleado paisaje de Castilla, unas arcas de arena y

un falderillo que fuera también león:

> Y el perrillo que nos seguía
> ¿no sería acaso un león?

Y tiemblan a flor de pupilas las figuras amables de Sol y de Elvira, y en el Robledo de Corpes, a pesar de las heridas, sus cuerpos desnudos manchan el musgo tierno como dos rosas aventadas. Nada nos dice el poeta—siempre seco y enjuto—de sus ojos que debieron ser negros; ni de sus cabelleras, ni de la quebrada color de la piel, pero las sabemos discretas y magnánimas y la sangre heroica de Mío Cid enciende las venas de doña Elvira al dirigirse al infante su señor.

Varón fuerte, Mío Cid, es temeroso de Dios. Su rostro oscurecido de continuo se ilumina en luces celestiales al enviar el morisco botín que ha de servir para el divino empleo, y en su boca amarga por la desventura y el duro guerrear, el nombre de Dios deshace tibias mieles. En él ya alentaba el espíritu de aquellos frailes aventureros y locos que besando la cruz de sus puñales partieron hacia el lejano Oriente en sus palafrenes sudorosos. Y en él alentaba ya el alma florida de nuestro Alonso Quijano que pocos siglos más tarde vino a guerrear en contra de los malos moros de la literatura, sí que ya un poco más triste, más seco de carnes y de nuca más estrecha. Pero idénticos son el exaltado fervor de justicia, el idealismo vertical y la fe rectilínea como también el decoroso amor de ambos que ha confundido en una suave visión de encantamiento a Dulcinea y a Ximena.

Nadie que haya acompañado a Roy Díaz en su heroico peregrinaje desde la corte de Castilla hasta las puertas de Valencia habrá de olvidar su severo rostro patriarcal, sus ademanes reposados y precisos, su gran barba florida ni sus palabras de Iclesiastés y de plegaria.

Lejos en un camino de peregrinación, van hacia su Compostela Mío Cid, el Campeador, San Ignacio de Loyola y don Alonso Quijano.

(University of Minnesota. Octubre, 1921).

Escuela Nocturna de Adultos de San José

Al cerrar el año lectivo de 1921

Señores y amigos:

Debe ser para ustedes un motivo de satisfacción muy sincera el haber sostenido las actividades de esta Escuela hasta este momento. No hay duda que con ello se han hecho un bien particular, que le han hecho un bien a sus profesores y que le han hecho un bien a su país. Y a decir verdad, de todo cuanto hayan logrado realizar durante este año, los minutos que hayan pasado en este lugar conservarán un eco más o menos perdurable en el espíritu de cada uno de ustedes. Es de creer que han hecho muchas cosas buenas, pero ésta, entre otras, es excelente.

Quiero decir que es excelente para cada uno de ustedes, porque ahora estoy seguro de que con las ideas que aquí recogieron se sienten más contentos de vivir, más dueños de su razón, más dispuestos a hacer mejor sus oficios y más alentados a seguir avanzando heroicamente en sus destinos. Los dioses nos acusan de que somos hijos del dolor y que en la tierra se nos ha puesto tan sólo para sufrir. ¿Qué importa? También se nos ha dado la aptitud de ponernos por encima de ese dolor y aun de hacerlo valientemente. Lo que nos corresponde es buscar en alguna parte el secreto por virtud del cual nos sea dable independizarnos de nuestros crueles hados, o mejor aun, el secreto por virtud del cual nos hagamos dignos de una existencia victoriosa. También nos dicen que somos un dios caído de una estrella. Pero es lo cierto que aquí en la tierra los hombres nos hemos propuesto olvidarnos de nuestros orígenes estelares para degradarnos hasta las peores situaciones. Y sin embargo, ese secreto de que os hablo está en el ambiente que nos rodea y es una parte de la sustancia de que está compuesto este mundo. Son las ideas, el inmenso firmamento de ideas con cuya luz podemos iluminar las profundidades de nuestra conciencia. Son las ideas que han sido siempre la fuerza de la vida y por cuyo impulso el hombre se mueve hacia su perfeccionamiento y la sociedad hace su progreso. Y no se trata, por cierto, de una mercadería de un alto valor, ni está sujeta a los caprichos del cambio. Las ideas pueden constituir nuestra riqueza sin que al adquirirla hayamos tenido ni que humillarnos ni que sufrir.

Siempre volvemos al problema de nuestra cultura, es decir, al problema de la selección y adquisición de las mejores ideas que nos sirven para el desenvolvimiento de nuestra personalidad, y siempre seguiremos creyendo que el problema fundamental del hombre y el problema fundamental de la sociedad no es más que uno, el de su cultura. Se sufre mucho en la sociedad por la dosis de injusticia que se puso al constituirla; se llena el hombre de rebelión o de desesperanza ante las iniquidades de su vida; se vive de una protesta en la mañana, ya un al acostarse, en vez de una plegaria el hombre hace sacar de su corazón una queja. Pero se puede terminar con esto, yo sí creo que se puede terminar con ello sin la intervención de políticos o de guerreros, sino por el empeño que tenga todo hombre de sentirse menos esclavo de su dolor y más digno de la libertad que es el principio de la vida. La cultura no es otra cosa que adquisición de mayor libertad y toda la lucha de este mundo es una lucha por la adquisición de la libertad. Yo temo que se siga creyendo que la libertad es una manera antojadiza de seguir viviendo el hombre entre sus semejantes. La libertad es aquella condición superior del ser humano por virtud de la cual él puede llegar a tener el sentimiento de que es un ser humano y digno de hacer las mejores cosas humanas. Las escuelas seguirán siendo los almácigos de la libertad; las escuelas seguirán siendo fundamentos de la sociedad; las escuelas seguirán siendo también la razón de ser de una república, de nuestra república. Y por eso hay un interés sagrado en sostenerlas, en defenderlas, en vivificarlas, y cada vez que se habla de clausurar escuelas, que haya un grito en la conciencia esclarecida de todo hombre, que haya un grito de protesta y de anatema contra ese pensamiento oscuro.

He dicho que ustedes hacen bien a sus profesores. Bien vale la pena de enaltecer en alguna forma justa a aquellos que se ponen al servicio de sus semejantes en el supremo interés de su alma. Ellos son los que trabajan sostenidos por la esperanza de darle a su país una más noble conciencia en sus hombres. Figuraos que hubierais sido desdeñosos en acudir a sus reclamos. Figuraos que a Miguel Angel le hubiera faltado mármol para hacer sus estatuas o a Beethoven el músico le hubiera faltado una lira para expresar sus cantos. Donde quiera que se hace una obra de justicia hay que poner un poco de curiosidad; en donde quiera que se escuche una voz civilizadora hay un llamado secreto y divino para el hombre y aquellos que trabajan por la salud de la tierra que no tengan que sacudir el polvo de sus sandalias en el hogar de nuestros hogares.

Y se sirve a un país ofreciéndole en cada uno de nosotros un tipo mejor de hombre o un tipo mejor de ciudadano, a lo que se llega por los mismos caminos. Porque todo bien efectivo que nos hacemos individualmente se refleja en la conciencia de la nación: porque de nuestra grandeza, si la conquistamos, deriva su majestad la patria; pero debe haber maneras de hacer esto superiores a otras. Entre aquel que promueve los vicios de la nación y el que promueve sus virtudes, es preferible este último; entre aquel que desea esclavizarla y el que la desea libre, éste merece el gajo del laurel inmortal; entre aquel que la quiere grande y radiosa y aquel que la desea oscura y triste, el primero es el del honor. Y lo peor es que hay mil modos de hacerla oscura y triste: no queriendo uno llenarse de la luz de la vida; prefiriendo todo aquello que de nada aprovecha a nuestros destinos y afirmándonos en la idea de que la vida debe ser bajeza y cobardía. Por eso es abominable la taberna; por eso es abominable el hogar sombrío, por eso es abominable el hombre ignorante.

La patria no es más que un hermoso convivio en donde tienen asiento aquellos de sus varones que más se estiman. Es justo llegar a la fiesta con severa túnica y coronados de rosas. Es despreciable quedarse entre el cortejo de los esclavos.

Y si es por hablar de nuestra patria, ¿quién no oye hablar de desesperanzas y de bancarrotas y de crisis? Y yo digo, con fe profunda y cierta, que nada de esto importa, mientras en el corazón de alguno de sus hombres tenga asiento el amor a la verdad; mientras cada uno de sus hombres sienta el deseo de abrir su alma sedienta de aurora. Mientras aquí haya un hombre que quiera honrar su título de hombre, la patria no estará en ruinas, porque ese hombre será su luz y su esperanza.

Quien quiera que realice una humilde obra de aprendizaje, ese formará parte del acervo de fuerzas de donde sacará la nación las que necesite para levantarse de sus caídas. Y también pueden estar ustedes seguros de que en el trabajo de hacer una patria más justa y más digna hay una manera de afiliarse a la legión silenciosa y heroica de los que trabajan a su vez en todos los rincones del mundo por orientar la vida hacia formas más humanas y más justas.

RÓMULO TOVAR

(Envío del autor)



LOS OJOS MALIGNOS

Por LUIS TABLANCA

ENTRE la chiquillería alborotante y curiosa de todo el barrio llegó la abuela en una silla de manos, antigua y pesada. Para que pudieran descansar turnándose por el camino, había contratado cuatro silleteros, mozos de la sierra, robustos y coloradotes, que mostraban en las ropas mojadas de sudor lo dura que había sido la jornada. Un toldillo hecho con una sábana amparaba a la señora del ardor del sol y del azote de la brisa. Al sentir que la introducían zaguán adentro, asomó la mano curtida y recogió la tela para mirar.

—Qué lujo de casa, —dijo —viven como príncipes.

Su voz era como la de un esquilón rajado y ocultos en las cuencas como en dos cavernas sus ojillos tenían la mirada dura y maligna. Traía envuelta la cabeza en un pañuelo de seda negro, bajo el cual asomaban como fique muy blanco los cabellos canos. La nariz parecía buscar apoyo en la barbilla, haciendo de la boca sin dientes un mero pliegue inverosímil que provocaba la hilaridad. Grandes y rancias arracadas de azabache colgaban de sus orejas, que con esto parecían alargadas y de un tamaño grotesco; usaba traje escotado, pero no abandonaba jamás su manteleta de lino cándido.

Esta mujer había tenido muchos hijos, pero de todos ellos sólo había podido criar el primero, un rapaz morenillo y travieso ahora convertido en un maduro cincuentón casi tan duro de cuerpo como de entendimiento, con unos bigotes de granadero francés y bajo la caparazón ordinariota, dulce y tierno entre casa como un merengue. Madre e hijo habían vivido mucho tiempo separados, ella en su cortijo, muy contenta con atender personalmente a las faenas de la labranza, a las siembras en marzo y setiembre y al ganado todo el año; él negociando en el poblado, comprando para vender, acaparando lo que por adivinación sabía que había de escasear, realizando siempre con ventaja y cada día con más dinero y más ambición. Se había casado un poco tarde e invitada la madre a la boda, negóse a asistir por no serle posible abandonar por tres días los muchos quehaceres que requerían su atención. Y todo fué decirle: «Aquí tiene usted un nieto que acaba de nacer» para que al punto resolviera venir a conocerlo. La pintura que le hicieron de aquel niño sonrosado la enloqueció de contento y en sus cartas, pues tomó la pluma e hizo gala de una redacción tan pintoresca como plagada de peticiones, estuvo día por día anunciando su famoso viaje y los presentes que al infante llevaría. ¡Ni un rey mago! El más lindo potro nacido ese año estaba destinado a pasear al niño apenas tuviese edad no de aprender la equitación sino de mantenerse a horcajadas y en equilibrio, mientras un mozo guiaría al animal tomándolo de las riendas; la vaca más sana y de más pródiga ubre sería remitida con el exclusivo encargo de abastecer el biberón de la criatura, y de los cofres misteriosamente guardados, unos cofres cuya fama trascendía por los contornos y que a nadie le fué dado contemplar, la abuela había extraído una joya, cuya riqueza de metal era nada si se comparaba con su virtud: era un amuleto que había defendido a muchos de los niños de su raza del peligro del mal de ojo.

Apenas posaron la silla en el corredor salió la abuela estirándose de brazos y piernas para desentumecerse. Era una tarde muy clara y la luz parecía contener un polvillo dorado y una sonoridad que penetraban en las almas despertando la dicha de vivir. Las flores del patio aromaban más que nunca y mostraban tonos tan puros en sus pétalos de raso que la abuela, no bien salió de los brazos de su nuera, que mientras la saludó la examinaba con más curiosidad que cariño, fué a admirar las begonias de una maceta:

—¡Qué flores tan bonitas,—dijo,—qué color de sangre y qué transparencia tienen!

Y como si el hálito de sus palabras fuera ponzoñoso, las flores se desmayaron al momento. A la nuera le hizo gracia el fenómeno y dijo con simpleza:

—Se han dormido como las adormideras.

Pero el hijo se echó a temblar recordando un rumor que había oído hacía muchos años; su madre, aquella vieja de extravagante figura y varoniles aficiones, tenía en sus ojos un poder infernal bajo el cual las plantas deli-

cadas sucumbían y los niños enfermaban de muerte.

—¿Y el niño, por qué no veo el niño?

Era la abuela quien hablaba, y la nuera gozosa corrió a buscarlo a la alcoba. Trémulo de angustia el hijo se acercó a la abuela y le dijo al oído:

—¿Trajiste, madre, la higa para el niño? Dámela. Una sola mirada te bastó para marchitar esas flores. Tus ojos tienen un poder fatal. Si has de causarle daño prescinde de ver al niño...

Pero ya la nuera lo traía en sus brazos risueño y gracioso como un ángel. En cuanto la vieja lo miró se puso pálido y rompió a llorar.

—Llevátelo—ordenó el padre temblando de miedo.

—Aun no lo conozco—suplicó la anciana.

—Pues ya se ha puesto blanco como un papel.

—Sería el miedo que me tuvo porque no me conoce.

—Fueron tus ojos, madre.

La nuera se había escondido con el pequeño y el padre cruzado de brazos permanecía en silencio. La pobre abuela sentada en un rincón lloraba murmurando:

—Más felices son que yo las ceguitas que piden limosna por los caminos...

(*El Gráfico*. Bogotá).

RENE BORGIA

POR MANUEL F. CESTERO

Desde hace seis años reside en Nueva York un poeta que no se parece a nadie y que vive de modo distinto a todos los seres que le rodean. Poeta por el estro, por la figura y por la nobleza de sus claros ojos.

Lo conocí una tarde de marzo en un café italiano. Bastó una mirada recíproca para que al punto nos estrecháramos las manos y nos diéramos a platicar sobre cosas literarias.

Entre copa y copa, René Borgia recitó sus versos de Caracas y Nueva York. Habló de los últimos libros europeos; de las comedias estrenadas en Broadway y me abrumó con anécdotas y citas de sus artistas predilectos: D' Annunzio, Wilde, Bernard Shaw y Tagore.

Mas de cuatro horas nos estuvimos conversando, y desde esa tarde somos amigos íntimos René Borgia y yo.

Alto, robusto, de largas melenas que le hacen desaparecer las orejas y la nuca, de porte donjuanesco, los hombros un tanto subidos, vésele andar despreocupado por las calles de Nueva York, atento sólo a la mujeres bellas y a las pocas cosas interesantes que suelen encontrarse en esta ciudad monstruo.

Bástale para ser feliz su vasto mundo de sueños, sus cuatro o cinco amigos literatos, con quienes se reune diariamente, dos o tres pesetas en la bolsa y un libro bajo el brazo.

Vive sin método alguno. Unas veces duerme en un gran hotel y otras en una buhardilla humilde de la calle 23. Viste con elegancia cuando está enamorado, y cuando no, él mismo ignora lo que lleva puesto.

René Borgia ama el arte por encima de todas las cosas, y este mismo gran de amor explica sus opiniones alrededor de los problemas que ocupan el cerebro del mundo. Oidle:

—Yo no soy poeta de esta o aquella escuela. Las clasificaciones conspiran contra el arte verdadero. Eso, después de todo, no es negocio de poetas sino de eruditos, y los tales me son sumamente antipáticos. Detesto la República. Soy partidario de la Monarquía Creo que es la única forma de gobierno lógica. Me seducen las Cortes Reales; las princesas, el lujo, todo lo que salga de la vulgaridad. Además, odio la democracia porque huele mal. No me explico el problema irlandés. Patria no es una bandera ni un código: es un equilibrio de instituciones y la realización común de un mismo ideal. Los irlandeses tienen todo el amparo de la gran liberalidad británica. Y algo más aun: la oportunidad de ser confundidos con los *gentlemen* ingleses.

La Liga de las Naciones sería digna de tomarse en cuenta si la integraran tres o cuatro Emperadores, media docena de Reyes y otros tantos Príncipes. Las Repúblicas son una guasa, hasta esta misma, que es la modelo. La Doctrina Monroe sólo me la explico cuando voy por Broadway y me encuentro con tanta pantorrilla inquietante. ¿Peligro amarillo, peligro negro?... ¡Tonterías! En Nueva York sólo existe un gran peligro: el peligro latino...

Todos los amigos de Borgia le quieren y le admiran. El poeta mexicano José Juan Tablada, dice: «René Borgia es la sal de Nueva York»; Alfonso Guillén Zelaya, el gran poeta místico de Honduras, agrega: «Cuando René Borgia recita sus versos me siento de frac»; José Santos Chocano afirma: «Es un poeta con P mayúscula que tiene un gran porvenir». Tagore le concedió todas las entrevistas que quiso y siempre lo recibió estrechándole las manos, e invitándole a que le sirviera de Secretario en su proyectado viaje a España; pero Borgia odia las secretarías desde que anduvo por las Antillas con Villaespesa. Frank Harris, el íntimo amigo y protector de Oscar Wilde, y su biógrafo más autorizado, le distingue y quiere.

René Borgia termina actualmente un volumen de versos intitulado *La Túnica de Marsyas*. Lo forman 32 poemas. Versos de ayer, de hoy y de mañana, saturados de esa noble exquisitez que es el legado precioso de Rubén.

De todas las escuelas literarias hay una que es eterna, por lo mismo que no es una escuela sino algo constitucional, innato en el individuo, que nace, crece y muere con él: el romanticismo. Ya Rubén lo dijo: «Quien no sea romántico que se ahorque de un pino: será lo mejor». El Simbolismo, el Naturalismo y el Decadentismo no son sino formas caprichosas del Romanticismo, que no es una escuela que data de 1830. Hubo poetas románticos mucho antes. Salomón fué un maestro del Romanticismo y no lo fué menos el más grande lírico de la humanidad: el autor de los Salmos.

Lo que no había entonces era clasificadores que vinieran a encasillar las ideas, a agruparlas y ponerles trabas que sólo sirven para volverse en contra de la misma inspiración de los poetas. Romper estas reglas, mandarlas a paseo, fué la labor de los poetas de 1830.

René Borgia pertenece a la legión de los románticos, pero no a la manera de Becquer y Julio Florez. Es claro! Aquellos pertenecen a épocas distintas y Borgia vive la presente, que no se

alimenta con pétalos de rosas, sino del extracto sutil que todas las cosas contienen. No es romanticismo místico de suspiros y de llantos sino de nobles gestos y arrogantes actitudes. Sin género de duda, René Borgia es el primer poeta joven de Venezuela.

Pero mejor que sus versos, mejor que su conversación siempre amable, es su vida misma en medio de esta Nueva York tan complicada y tan hostil a todas las manifestaciones del Arte. Vivir en este país una bohemia absoluta, valientemente, a cara descubierta, es no sólo digno de encomio sino de premio. Tratar de fundar una bohemia *murgeriana*, de chambergo y melenas, en medio de tanta vulgaridad, es sin duda, la más atrevida de las aventuras. No la soñó igual el ilustre Manchego.

New York, 1921.

(Envío del autor)

POETAS DE VENEZUELA

RENÉ BORGIA

Carmen

Fué junto al mar y en un país lejano
que estremeció mi vida tu llegada.
Apenas doce años y ya eras
ligeramente taciturna y pálida...

Solemne el porte en la rojez del traje;
un otoñal cansancio en la mirada
y los cabellos, fértiles, temblando
sobre tus hombros con temblor de alas!

Algo de ave en el andar. Remotas
reminiscencias de una edad pasada,
y un largo cuello que pensar me hizo
oh, Carlota Corday, en tu garganta!

Pero pasaste rápida, y mi vida
se coronó de angustias y de lágrimas,
y sobre el polvo de las huellas tuyas
humildemente sollozó mi alma...

Sólo una vez y para siempre, porque
no pudo el corazón decirte nada,
porque pasaste por mi vida, como
todas las cosas imposibles pasan!

Balada del hombre que volvió

Espera, no te vayas... Será lento el cre-
[púsculo.
Los cielos están grises y el hogar está tibio.
Espera, no te vayas... No llores... ven...
[descansa,
que tal vez cuando vuelvás no encontrarás
[el nido
ni el árbol...
Nadie puede decir, cuando está lejos:
—Hay en tu tierra, ¡oh Patria, un corazón
[que es mío!

Esa alma que desnuda palpitó entre tus ma-
[nos,
quizás, si tu regresas, te grite en el camino:
—Viajero, deteneos y entrad en nuestra casa
que la noche es muy negra y los vientos muy
[fríos!

Tú dirás, asombrado:
—¡Pero si yo soy tuyo,
yo soy aquél que casi ha llorado contigo!
¿No recuerdas mi rostro?... Acaso ella res-
[ponda:
—No recuerdo... es posible... ¡Tantos años
[se han ido!

Y entonces, pobre hermano, pensarás en
[aquellas
palabras que una tarde sollocé en tus oídos...

Espera, no te vayas... ¿No ves bajar la no-
[che?
Espera, no te vayas... ¿No temes al olvido?
¿No ves que si te marchas cuando llegue el
[otoño
se perderán tus viñas...?

No mires al camino
ni al mar, que son ingratos... ¿No te inquie-
[ta el futuro?
Espera, no te vayas... El hogar está tibio...

Tal vez cuando tú vuelvas ya nadie te co-
[nozca,
tal vez cuando tú vuelvas no encontrarás el
[nido!

Sin dejar una huella...

Sin dejar una huella de mi paso
yo quisiera perderme entre mí mismo
y que en mil años no pudiera hallarme.
Olvidar que yo soy el que antes era;
olvidar que he sufrido y he llorado
hasta dejar mi vida en una lágrima;
fugarme de mí mismo; ser el último
sollozo de una música que muere;
el temblor de una estrella que se apaga.
Ser árbol o ser piedra... Sé que todos
tenemos que sufrir, pero la angustia
del árbol o la piedra es menos honda
que la angustia del polvo que no puede
olvidar la tristeza de su origen.

Sin dejar una huella de mi paso,
yo quisiera perderme entre mí mismo
como en un bosque colosal, en donde
no tenga fin la noche, y que mi vida,
llevada por un viento de tragedia,
como una flor inútil, lentamente,
se fuera deshojando, deshojando,
y que ninguna compasión supiera
bajo qué cielo se apagó su aroma
ni qué ventisca se llevó sus pétalos!

Nueva York múltiple

Estudios Espirituales.—Según Lincoln el Gobierno de México debe ser reconocido.—Carranza y Ulises Grant.—El Sovietismo y los Rusos.—Crimen y Castigo.—Las batallas del Alcohol.—Lo que en el pobre es borrachera en el rico es alegría.—La "Formación de América."—Lo que México ha hecho en Estados Unidos.—El "Ku-Klux-Klan y las Tribulaciones de Mr. Fall.

POR JOSÉ JUAN TABLADA

Los estudios espiritualistas que en todo el mundo se han intensificado después de esa terrible catástrofe, moral y económica, que se llama la Guerra Mundial, tienen cada vez mayor número de adeptos en Estados Unidos.

Cada semana las revistas bibliográficas estudian nuevos libros de tendencias francamente espiritualistas. Reimprímense las obras de Myers, Blavatzki, Annie Bessant. Las recientes obras de Sir Conan Doyle y de Sir Oliver Lodge y las de Maeterlinck, traducidas al inglés no bien aparecen, están en todas las manos; fúndanse nuevas revistas de Teosofía y «New Tough» y las obras de filosofía Yogui véndense por centenares de miles. Los doctores de la Facultad comienzan a quejarse, pues los pacientes desdeñando píldoras o inyecciones, buscan el alivio con los sanadores de la «Crhistian Science» o con los «Spiritual Healers».

Ante la sonrisa del escéptico opongo sólo el enorme volumen de estos hechos, que demuestran una orientación universal hacia la teoría de la inmortalidad y el progreso del espíritu. Tal movimiento es serio, casi solemne, como que significa la reacción religiosa del hombre defraudado por el materialismo.

¿Quién puede reir ante los esfuerzos de los náufragos que enmedio de un mar proceloso, orientan su navío desmantelado hacia una estrella polar, por muy lejano que vislumbren sus fulgores?...

Movido por tales ideas abrí un libro que me envían mis amigos de San Francisco de California. Es una colección de mensajes espirituales, llamada «Psycho-Phone Messages» (Psicofonemas) y quien los recibió y los publica es nada menos que Francis Grierson, que en la revista «The New Age» colaboró con los talentos más avanzados de Inglaterra, como H. G. Wells, los dos Chesterton, Arnold Benett y Bernard Shaw. Después de que la Gran Guerra estalló en Europa y más tarde la rebelión irlandesa, se cayó en cuenta de que Grierson había profetizado, diez años antes, ambos sucesos, no sólo en sus líneas genera-

les, sino en muchos de sus especiales episodios.

Los mensajes son todos interesantes. Jefferson habla sobre el futuro de la democracia americana; Disraeli sobre los asuntos ingleses e irlandeses; Bismarck sobre las indemnizaciones alemanas y el Presidente Lincoln y el general Ulises Grant, sobre México.

—

«Lincoln y el futuro de México. —Debe existir armonía de intereses al tratar con el pueblo de México *del que tenéis mucho que aprender en varios sentidos. El gobierno de Obregón debe ser reconocido en Washington* y deben darse pasos inmediatos para asegurar cordiales relaciones entre los dos países.

»La Ciudad de México es una capital de gran porvenir. Estáis por pasar un período de gran confusión. Se han dado grandes advertencias que no han sido escuchadas. A no ser que dejéis de teorizar, propagando un espíritu de justicia y sano criterio, el próximo futuro desarrollará algo más que tempestades en el vaso de agua de la diplomacia».

Lo que el general Grant dice de México es de menor actualidad:

«El «imbroglio» creado por el Presidente Carranza está comenzando a influenciar a los políticos de Buenos Aires y otros Centros de Sud América. Ya han repudiado secretamente la Doctrina Monroe y su próxima maniobra será repudiarla públicamente... Cuando se produzca en estos países del Sur, un «boycot» contra los Estados Unidos, nuestros enemigos de Europa comenzarán a obrar. No es cuestión comercial sino de sentido común. Repito lo que dijo Lincoln en 1862: «Los tiempos son muy obscuros y los espíritus de la ruina reinan afuera en todo su apogeo».

Mi amigo, el escéptico, comenta diciendo con ligera sonrisa:

—La noble intervención metafísica del gran Presidente desencarnado, no me parece tan asombrosa como el hehecho, rigurosamente real, de que William Randolph Hearst, pertinaz enemigo de México durante tanto años, recomienda ahora el reconocimiento del Gobierno de México y coincida con el gran Lincoln en justicia y magnanimidad!

—

El Sovietismo y los Rusos.—Mi amigo el músico modernista Edgar Varese me invita a comer en el Restaurant Ruso, el famoso platillo «selianka», suculento guiso en que intervienen dos pescados de aquellas regiones: el esturión y el esterlete, felizmente aun no socializados por Lenine... El aspecto del restaurant me recuerda el de la fonda rusa de la Magdalena, en París, donde hace años conocí a Tamar Karzavina...

Varese me llama la atención sobre algunos de los concurrentes:

—Aquel es el abogado de los soviets en Nueva York. El otro, con las barbas rojizas, es Popoff, un lingüista formidable: habla 25 idiomas y dialectos. Aquella chica es hoy de la Compañía Nazimova; antes bailaba czardas rusas con la incomparable... Los demás son simples «kaiks» perros judíos...

La «selianka» resultó excelente. A los postres nos acercamos para tomar el café al grupo de Popoff. Este disertaba sobre los soviets y decía:

—Hay algo siniestramente simbólico en el nombre verdadero de los campesinos rusos. Su nombre es «crestianin». «Crest» significa Cruz, crestianin es el que lleva la cruz. En estos momentos trágicos el pobre pueblo ruso es en efecto «el que lleva la cruz», una terrible cruz de hambre, de peste y de miseria.

El abogado de los soviets aventuró:

—Puede ser; pero Lenin y sus principios libertarios...

Popoff, alisándose la barba rojiza, contesta pausadamente:

—¿Lenin?... «Jam faetet»... Ya hiede... El hedor de su corrupción envenena al mundo... Abandona sus principios: se retracta y retrocede. Volvió la espalda a la nacionalización de la tierra. El campesino puede guardar, vender o sembrar el grano que le sobre tras de pagar impuestos. Lenin ha retrocedido palmo a palmo. Las tierras son desnacionalizadas; los bancos vuelven a ser autorizados. Rusia está próxima a volver a la moneda de valor intrínseco. El gobierno no fijará ya los sueldos. Se permite ya el comercio y el tráfico y los rusos que viajan en tranvías, ferrocarriles o buques, deben pagar sus pasajes. Hasta las fábricas vuelven a establecerse.

El abogado de los soviets lleva la cuestión hacia lo abstracto y argumenta:

—Sin embargo, el juicio de la Historia...

—Tanto dolor, tanta sangre, tanta riqueza desperdiciada en vano!... De la sangre de los primeros mártires cristianos se dijo que era la semilla de la iglesia (sanguis martyrum semen Eclesiae). ¿Para qué servirá la sangre del mártir pueblo ruso, del «pueblo que soporta la cruz?»

Esperamos que sea para despertar la conciencia de la humanidad sobre las responsabilidades de los verdugos,

siervos antes, bajo el Czar, y tiranos hoy, por su propia cuenta... ¿La Historia? La Historia para juzgar al sovietismo, a las innumerables víctimas y a los singulares verdugos, empleará, sintetizando todo, tres palabras de nuestro gran Dostoiewsky. «Crimen y Castigo».

LAS BATALLAS DEL ALCOHOL.—Una verdadera batalla, entre campal y naval, acaba de librarse cerca de los muelles, entre contrabandistas de alcoholes y drogas y la policía federal. Muchos muertos, muchos más heridos y una mercadería decomisada por 250,000 dólares.

Por casualidad voy al lugar de la tragedia, donde aun se comenta el suceso.

A un agente aduanal, mi conocido, que encomia la importancia del combate, le pregunto:

—¿Por lo visto, la prohibición antialcohólica se impone ahora con todo rigor?

—Según y cómo,—me contesta.—Se impone rigurosamente a los pobres; pero no a los ricos.

—¿..........?

—Sí,—me explica;—en los «raids» la policía cae sobre la gente menuda; pero vea usted aquella lancha de gasolina, llena de juventud dorada, hombres y mujeres. Pronto, en llegando a la altura de la estatua de la Libertad, la saludarán con sorna diciendo: Diosa, aquí comienza tu reinado, que no en el continente! Y una vez que estén a tres millas mar adentro, abordarán un yate, donde hay champaña, vinos de mesa y toda especie de licores. Volverán luego a New York «bien despachados» y la policía... no los verá...

Aquellas palabras me despertaron el súbito recuerdo de cierta alfajorera que cantaba hace muchos años por las calles de México, para pregonar su mercancía coplas pintorescas con este estribillo:

«En el pobre es borrachera
y en el rico es alegría».

Y me embargaban tales recuerdos, cuando un trabajador que acompañaba al agente aduanal, terció y dijo las siguentes palabras peregrinas:

—La prohibición no reza más que con los pobres. Es un arbitrio de los grandes industriales para que los trabajadores de las fábricas no beban y produzcan trabajo en mayor cantidad y de mejor calidad... Eso lo sabe todo el mundo.

AMERICA'S MAKING.—Es esta una interesantísima sociedad que acaba de inaugurar sus actividades con el fin de demostrar por medio de exposiciones y de cortejos históricos, lo que los Estados Unidos deben en civilización y cultura a las diversas nacionalidades que han concurrido en su población.

El Comité de la Sección Hispano-Americana, me honró consultándome en la parte relativa a México y yo le dirigí una carta, que entre otras decía:

«Todos los grandes edificios de esa región, los que ustedes más estiman, desde los tiempos de la Colonia, hasta los que se erigieron, cuando la Exposición de San Francisco, palacios públicos y residencias de magnates, son pura arquitectura mexicana. Esas mismas residencias atesoran como preseas, en su decorado interior, las obras de las nobles industrias y de los artes suntuarios y eclesiásticos mexicanos.

»En cuanto a afirmaciones categóricas sobre el concurso directísimo de México en la civilización y la cultura de Estados Unidos, mejor que expresarlas yo mismo prefiero citar las que contienen dos obras recientes de conspicuos escritores norteamericanos: «Our America», de Waldo Frank, y «The Mexican Problem», de J. Stolwell.

»Afirma el primero que la enorme región S. O. de Norte América, muy industrial pero sin ideal estético alguno, ha sido conquistada por la honda y armoniosa cultura mexicana y declara el segundo «que no hay un solo norteamericano que directa o indirectamente no deba algo de su bienestar a los trabajadores mexicanos que laboran en los Estados Unidos».

America's Making es una notabilísima institución cuyos humanitarios ideales de confraternidad tienden, entre otros fines, a destruir las animosidades que encendió en este país la Guerra Mundial.

El Ku Klux-Klan.—Desgraciadamente existe, y sus siniestras tendencias están siendo en estos momentos denunciadas por «The World», el Ku-Klux-Klan, sociedad secreta de jinetes nocturnos y enmascarados que por su radical barbarie sólo puede compararse con los Boxers chinos. Cuenta medio millón de afiliados; está ramificada en toda la Unión y tiene por objeto perseguir a todos los habitantes de los Estados Unidos que no sean «ciento por ciento americanos», es decir, hijos y nietos de americanos...

¿Qué dirá Mr. Fall del Ku-Klux-Klan, él que tanto ha insistido en hacer aparecer a México como anti extranjero? Pero las tribulaciones de Mr. Fall no deben tener fin estos días... Los homicidios reiterados hacen temer nueva ola criminal y las compañías de seguros contra robos, en vista de los crecientes atentados contra la propiedad, acaban de subir considerablemente el monto de sus primas...

«No veas la paja en el ojo del vecino, cuando tengas una viga en el propio», dice el refrán español; pero hay una fórmula popular para expresar ese mismo refrán, más enérgica aunque un tanto soez y esa es precisamente la que habría que murmurar hoy al oído del atribulado senador...

Nueva York, setiembre de 1921.

(Excelsior, México, D. F.)

SESENTA BECAS
PARA LOS
ESTUDIANTES CENTROAMERICANOS

Alvaro Obregón, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que en ejercicio de las facultades extraordinarias conferidas al Ejecutivo Federal, en el ramo de Hacienda, y con el propósito de fomentar el intercambio universitario con las instituciones educacionales de Centroamerica, ha tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1º—Se establecen sesenta becas, para estudiantes de Centroamerica, a razón de doce, por cada uno de los cinco países de que se compone.

Artículo 2º—Las referidas becas se disfrutarán a razón de diez por cada uno de los establecimientos educativos que siguen:

Colegio Militar.
Escuela Nacional de Agricultura.
Escuela Nacional de Industrias Químicas.
Escuela Práctica de Ingenieros Mecánicos.
Escuela de Bellas Artes y Conservatorio de Música.
Facultades de la Universidad.

Artículo 3º—La designación de los becarios, se hará por plebiscitos entre los alumnos.

Artículo 4º—Anualmente se considerará en los presupuestos de Egresos, la asignación suficiente para el sostenimiento de los becarios.

Lea el Repertorio y recomiéndelo a sus amigos.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica.